

IRENE HANDL

Los Sioux

Traducción de Mariano Peyrou



Los Benoir componen una aristocrática y excéntrica familia que, debido a sus altas cotas de esnobismo, se ve arrastrada hacia las situaciones más desconcertantes.

Un nuevo miembro acaba de llegar a sus filas después de que la bella y prepotente Marguerite «Mimí» Benoir, se haya casado con todo un caballero: Vincent Castleton, que aporta al matrimonio su flema inglesa y un toque *cockney*. Ella, a su vez, lleva consigo a George, un niño de 9 años fruto de un primer enlace con un primo fallecido en un desgraciado accidente. Junto a una enorme fortuna, el pequeño ha heredado una terrible enfermedad y un soberbio carácter.

Para Liane y Dennis

1

LA VOZ DESDE PARÍS

—¿Qué pasa, cariño? —quiere saber Castleton.

Ella hace un gesto fugaz con la mano pidiendo silencio. Parece que hay algún problema relacionado con el envío del niño. El hermano de Marguerite, Armand Benoir, les ha estado telefoneando desde París todas las noches de la última semana de su luna de miel para contarles cómo estaba Georges-Marie Benoir, el hijo inválido de ella.

El hijo de Mim es fruto de su primer matrimonio, a los dieciséis años, con su primo, Georges Benoir.

A eso de las seis y veinticinco de la tarde del domingo, cuando están a punto de salir a tomar unas copas, suena el teléfono. Es Armand.

—*Mon dieu, Vincent!* —exclama Marguerite, súbitamente preocupada por su hijo.

—Llamo por el pequeño Benoir —dice Armand de golpe—. Deja que Vince escuche, Mimí. A él también le afecta.

Castleton coge el accesorio especial que ha añadido a todos los teléfonos de la casa a petición de Marguerite. Se trata de unos auriculares que los Benoir consideran indispensables para cualquier usuario civilizado. Ellos, desde luego, usan el teléfono a lo grande. Castleton sabe que Mim y su hermano han llegado a mantener conversaciones al aparato que han durado hasta dos horas.

—A ver —dice la agradable voz de su cuñado—... No hay manera de enviar al gatito en este momento. —Armand

siempre llama a George «el gatito».

–*Ah, non!* –grita Marguerite–. *Ah, non, Armand! Pourquoi?*

Castleton puede medir su nivel de alarma porque de repente se ha puesto a hablar en francés.

–Pero ¿qué ha pasado? ¿Es que Mumú está enfermo? Marguerite siempre llama a su hijo «Mumú».

No está enfermo. No ha pasado nada.

–Courvoisier se opone, *voilà tout* –dice Benoir–. No dejes que te estropee lo que os queda de luna de miel, Vince.

–¡Pero eso es totalmente ridículo! –grita Marguerite–. ¡Mumú ha ido en avión a todas partes! ¿Por qué Courvoisier se opone ahora?

–¿Vince está todavía por ahí, Mimí? –se limita a preguntar su hermano–. Quiero hablar con él.

–Sí, está aquí. Pero ¿qué ha pasado con Mumú, Armand? Sus últimos análisis estaban bien.

–Courvoisier quiere repetirlos. Evidentemente, no estaba satisfecho con el diagnóstico.

–¡Será imbécil! –exclama Marguerite.

Su hermano no se molesta en contestarle.

–Hubo que ingresar al gatito en la clínica durante dos días –se limita a decir.

–*Mon dieu*, ¿qué pasó?

–Le hicieron los análisis –contesta sencillamente Armand.

–¿Ya está de vuelta en Auteuil?

–Claro que está de vuelta. Mami le ha llevado la cena a la cama. Pidió *champagne* y ostras.

–¡Qué desastre! –se lamenta Marguerite.

–No es ningún desastre, al revés. El *champagne* y las ostras son estupendos. Tu pequeño Benoir ya da muestras de tener un gusto de lo más respetable. Déjame hablar un momento con Vincent, ¿vale?

–¿Quién le acompañó a la clínica? –quiere saber Marguerite.

–Yo. Todos los demás le mandaron besos y cariños, pero fue Benoir quien tuvo que permanecer enclaustrado dos días enteros.

–Mi pobre Armand... Como siempre, todo depende de ti.

–He logrado sobrevivir. Sé buena chica, Mi, y pásame a Vince.

–Pero ¿qué vas a hacer? –insiste Marguerite–. ¿Cómo vas a mandárnoslo?

–Habrá que meterlo en la bodega –le dice su hermano, riéndose–. No te preocupes, recuperarás lo que te pertenece sin ningún problema. ¡Eh, Vince!

–Hola –saluda Castleton, haciéndose cargo de la situación y cogiéndole la mano a su esposa. Ella escucha atentamente a su lado, con todo el cuerpo en tensión.

–Ya lo has oído, ¿verdad, Vince?

–Sí, es un problema bien feo –afirma Castleton–. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

–Les preocupa la altura –dice Armand–. Tendré que mandároslo de cualquier otro modo. ¿Cómo te va, compañero?

–Bien –responde Castleton, pero Marguerite estalla:

–Vas a tardar seis días si decides venir por mar y luego en tren, Benoir. ¡Te vas a morir de aburrimiento!

–No hay otro remedio, querida –afirma él con tranquilidad.

–¡Ah! ¡Mumú malo! –lo regaña Marguerite, como si su hijo estuviera con ellos en la habitación–. ¡Cuántos problemas le causas a mi pobre Armand, Mumú malo!

A Castleton le resulta muy divertida la indignación que siente hacia su tesoro por no ser del todo perfecto.

–¿Por qué no puedo ir yo a buscar a George? –le pregunta a su cuñado–. Podría quedar contigo en Cherbourg y traérmelo. O podría volar directamente a París y así no

tendrías que encargarte de nada más. No creo que te venga muy bien tomarte unos días justo en este momento.

Bienville, el hijo de Armand, se va a casar en un mes. Por lo que le ha dicho Mim, parece que la boda va a ser el gran acontecimiento de la temporada en París.

—¡Ah, eso! —dice Armand, riéndose—. Que se hagan cargo los De Grenier. Para una vez que Marie y yo somos un motivo de orgullo... Una de las pocas cosas decentes que ha hecho Viv por sus pobres padres fue nacer varón. —Además, Armand les explica que le gustaría tomarse un respiro y dejar de ser el centro de atención de la prensa parisina—. La pobre Marie y yo vivimos aterrorizados por los reporteros. ¡Prácticamente se han apoderado de Auteuil! Elaine y Viv están encantados, desde luego. Pertenecen a una generación que ha nacido ya preparada para toparse con fotógrafos hasta en su cama matrimonial.

—¡Ah, *non*, en serio! —exclama Marguerite con un tono de voz que muestra su descontento—. Y, entonces, ¿qué vas a hacer con George, Benoir?

—París-Cherbourg —dice Armand con indiferencia—. Cherbourg-Nueva York. Y luego, si los de la aduana no se muestran muy anti-Benoir, cogeremos el autocar para que puedas beberte a tu *trésor* con los *apéritifs* del domingo por la noche.

—¡Pero Mumú no puede viajar en tren! —objeta Marguerite, apartando su mano de la de Castleton—. Déjame, Vincent, por favor. Me estoy poniendo nerviosa.

—¡Mumú no puede viajar y punto! —dice Armand—. Tendremos que hacer por él todo lo que esté en nuestras manos, querida.

—¿Ya tenéis los resultados de los análisis? —pregunta ella de repente.

—No. Estarán listos dentro de dos días.

—Entonces a lo mejor podrías viajar por aire y evitarte la *débâcle* que supone un viaje en barco y otro en tren.

—No pienso volar, *chérie* —le advierte Armand.

–¿Ni aunque Courvoisier dé su aprobación al ver los resultados de los análisis?

–Ni aunque Courvoisier dé su aprobación –dice Armand–. Ya lo hemos hablado. Parece que si se sube a un avión, tendremos que ponerle una máscara de oxígeno.

–¿Y?

–No pienso pedirle que haga eso. Podría afectar a sus nervios.

Pero si solo sería por unas horas.

–Te acabo de decir que no va a volar, querida –contesta con total tranquilidad la voz desde París.

–¡Estás completamente loco! –grita Marguerite–. Es ridículo, solo van a ser unas horas...

–*Non, j'ai dit non* –interrumpe Armand–. Y punto, Mi.

Ella no dice nada más, y Castleton se da cuenta de la autoridad absoluta que su cuñado tiene sobre Mim; por algo es el cabeza de familia. Ella se sienta y se queda observando a su esposo con una lúgubre expresión de descontento en la mirada.

–*Ah, ça, vous savez. Ça!*

–No importa, cariño –la consuela Castleton–. Solo faltan unos días para que vuelvas a estar con tu hijo.

Seis y pico, para ser exactos.

–¿Te gusta estar casado con la alcaidesa de Alcatraz, Vince? –pregunta Armand. Armand siempre llama a Marguerite, cuando está de cierto humor, «la alcaidesa de Alcatraz».

–Me gusta –responde Castleton–. Me gusta mucho.

–Espera a que el pequeño Benoir se te suba a la chepa –le advierte Armand débilmente–. Entonces vas a conocer el verdadero sabor del matrimonio.

–Si Mumú va a viajar por mar... –dice Marguerite.

–Va a viajar por mar, cariño –interrumpe Armand–. Ese tema ya está zanjado.

–Entonces tienes que decirle a Mami que le dé solo sus *biscottes* y su Vichy y un poquito de coñac, y nada más

en toda la travesía. Y debe quedarse en su *suite*, ¿me oyes, Armand? Le prohíbo terminantemente que coma en el comedor.

–*D'accord, madame.*

Y le explica que en el tren también tiene que hacer lo mismo.

–Armand, ¿me estás escuchando? Vichy, *biscottes* y coñac. Solo eso.

–*D'accord, d'accord.*

En el peor de los casos, su hijo se volverá alcohólico.

–No quiero que Mumú salga de su camarote. Mami tiene que ocuparse de que esté siempre en la cama. ¡Y que se asegure de que su hija, esa idiota de Dedé, no se le acerca en todo el viaje! ¿Me oyes, Benoir? Se lo preguntaré a Mumú en cuanto lo vea, y ya sabes que él siempre dice la verdad.

–¡Menudo bobo! –exclama Armand, riéndose–. ¿Qué te parece ese bobo que tienes por hijastro? ¡Está como loco porque va a volver a Alcatraz la semana que viene!

–¡No quiero enterarme de que esa imbécil ha pasado con él ni media hora! –grita Marguerite–. Mumú ya se va a agotar bastante con ese ridículo viaje. –Y añade con amargura–: Probablemente le provocará uno de sus ataques.

–Mimí –dice Armand–, estás aterrorizando a Vince. Va a pensar que le ha tocado un inválido absoluto como hijastro.

–Si quieres saber mi opinión, pienso que Courvoisier ha perdido la cabeza.

–No creo que tu opinión le afecte demasiado, *ma chère* –afirma Armand tranquilamente–. Tiene una gran reputación.

Tal vez ella no lo sepa, pero en el mundo existen otros apellidos, además de Benoir. Armand cambia de tema y le pregunta a Castleton qué lleva puesto su hermana esa noche.

Castleton dice que la señora C. lleva un vestido negro y que está especialmente despampanante a pesar de encontrarse un tanto alterada por lo del niño.

–Espero que mi hermana no tenga la intención de representar eternamente el papel de viuda contigo, Vince. De lo contrario, como diría su sobrino Bienville, muy pronto se convertirá en un tostón –dice Armand con serenidad.

–El negro es un color muy Benoir. El negro y el blanco.

De todos modos, los ingleses prefieren los colores, y los estampados florales, y el azul.

–¡Dios mío! –exclama Armand–. ¡Esos azules Merrick!

Miss Merrick es el nombre de la institutriz inglesa de George.

Benoir opina que habría que hacer al menos un pequeño gesto para compensar a su desafortunado cuñado por lo que le han hecho los Sioux. Los Benoir se llaman a sí mismos «los Sioux».

–El ascensor y los bidés, Vince... Ya estarán instalados, ¿no?

Sí, sí, el concurso de tiro también está en marcha.

–Me he dado cuenta de que no había sido totalmente civilizado hasta ahora –dice Castleton.

–Mimí dejó a ese pobre animal de Davis en medio de Mississippi con treinta bidés y un ascensor.

Castleton sonrío. El segundo matrimonio de Mim, con el gobernador Davis, de Mississippi, solo duró tres meses y aún hoy sigue siendo motivo de bromas.

–Nunca logré sentir demasiada simpatía por Davis –dice su cuñado–, pero me niego a que me suceda lo mismo contigo. Le daré instrucciones al papa para que no os conceda la dispensa cuando os llegue el momento de divorciaros. ¡Vuestro matrimonio debe salvarse a toda costa!

–¡Ah, Armand! –grita Marguerite–. *Petit frère chéri!* –Al fin se ríe–. Te portas como un santo con tu hermana mala. –Ojalá pudiera evitarle a su adorado hermano ese viaje de

pesadilla, el tedio y las privaciones de la travesía—. Eso va a ser lo peor.

—El *Égalité* no es precisamente un barco de vapor, *ma chère* —señala Armand con sequedad—. Ah, por cierto —le pregunta a su cuñado—, ¿Mimí te ha hablado ya del harén que tiene el gatito, Vince?

—Sí —dice Castleton.

—¿Del harén al completo?

—Creo que sí —repite Castleton.

—¿De Mami y de Albert y de Dedé? ¿Y del tipo de la Agencia Duval?

—Sí —vuelve a repetir Castleton.

—No te voy a preguntar qué opinas al respecto. Pero me encanta que estés al tanto.

—¿Quién es Dedé? —pregunta Castleton.

—Ya te lo he contado, Vincent. Es la hermana de leche de Mumú. Esa idiotita de Madeleine.

—Ah, sí, claro... —dice Castleton.

—Dedé es una especie de accesorio que el gatito lleva incorporado —explica Armand—. Es como si fueran un *pack*. Al gatito le tocó la leche de Mami y a los Benoir les tocó Dedé.

—No son más que cuatro —dice Castleton con ecuanimidad.

Pero ahí no acaba la corte, ni mucho menos. También están Marcel y Maurice, los dos chóferes de Mimí.

—Marcel es indispensable, Benoir —afirma Marguerite al instante.

Castleton sabe que, desde la muerte de su primer marido en un accidente de coche cerca de Chantilly, a Mimí le resulta aterradora la idea de que su hijo se suba en un coche.

—Esa es la lista completa —dice Armand—. Tendrías que haber sido más juicioso y no haberte dejado embaucar por los Sioux.

Marguerite pregunta qué pasa con *Fräulein* y con Miss.

Él parece encantado de informarle de que ninguna de las dos damas hará el viaje con ellos. Ambas padecen un caso leve de *varicelle*.

–Me lo estaba guardando para el final, con intención de resarcir a Vince por lo del harén que se le viene encima.

–¿Qué es *varicelle*? –pregunta Castleton.

–*Mon dieu, varicelle!* –grita Marguerite de repente–. ¿Es que Mumú tiene varicela, Armand?

No, no tiene varicela ni nada que se le parezca. Pero el gatito y él están encantados de que las dos institutrices sí la tengan.

–No me gusta demasiado ese espectáculo, Mimí. Parece sacado del circo Barnum and Bailey.

Cuando llegue a Nueva Orleans, tendrán que hablar un poco sobre Merrick y Weber.

¿Y sobre la educación de George?

Ese será el tema de otra conversación.

–Lo digo en serio, *chérie*. –Según Armand, no están aportando nada–. Esas dos son como personajes de Disney.

–¿Es que George se ha portado mal con *Fräulein*? –pregunta Marguerite con aspereza. Su forma de pronunciar la palabra la hace parecer extremadamente francesa.

–Bueno, le ha mordido –admite Armand–, pero eso ocurrió antes de que ella enfermara, así que no te preocupes, que no se va a contagiar.

–¿Mumú? ¿Mumú ha mordido a *Fräulein*?

–Creo que ella lo había interrogado previamente sobre el estado de sus intestinos...

–¡Es increíble! –exclama Marguerite.

–Supongo que eso mismo fue lo que pensó el gatito –elucubra Armand.

Castleton suelta una carcajada.

–Me gustaría que hubieras estado aquí, Vince –le dice a su cuñado–. Viv y yo nos pasamos una semana riendo-

nos.

—¿Y no hicisteis nada? —pregunta Marguerite.

Sí. No. Se le ha olvidado. Lo oyen gritar:

—¡Marie, Mimí quiere saber qué hice cuando el gatito mordió a Weber! Dice que le di unos azotes. Te manda un beso muy fuerte.

—Supongo que lo hiciste con un periódico enrollado, ¿no?

—Con el *Figaro*. No. Con el *Paris-Soir*, que hace más ruido. El pequeño Benoir se quedó muy impresionado, permíteme que te lo diga. Debido a ello, se abstuvo de morder también a Merrick —explica Armand—. En cualquier caso, primero habría que haberla *tiernizado*. ¡Dios mío, tiene unos nervios! —exclama Armand—. ¡Dios mío!

—Eres un caso perdido —le dice Marguerite—. Y George se va a echar a perder también.

—Al contrario, tu pequeño Benoir se ha portado muy bien —le informa Armand en voz baja.

—¿Sigue igual de tímido? —Su timidez es un desastre, le cuenta a su marido.

—Sí, igual. (Aquí empieza el interrogatorio, Vince). Marie y yo conseguimos sacarle, a base de fuertes gritos e imprecaciones, a dar una vuelta en coche de vez en cuando, pero hasta ahora no hemos tenido ningún éxito. Lo único que hemos logrado es convencerlo de ir a visitar al niño de los De Chassevent.

¿Y eso no les parece todo un éxito?

—Bueno, el gatito no lo mordió, así que supongo que podríamos considerarlo un gran logro —dice Armand—. El niño de los De Chassevent es un desastre absoluto. Ni siquiera llegará a llevar los cuernos tan bien como su padre. No puedo imaginarme cómo Liane e Yves han podido engendrar un monstruo tan tétrico como ese. Mimí, es igualito a *une tête de veau*, pero con gafas.

Ella no está tan interesada por Paul de Chassevent como por su hijo.

–Pero ¿aceptó por lo menos quedarse un rato con su amiguito?

–Sí, sí, le dije que tenía que quedarse una hora y se quedó. Pero me dio la impresión de que monsieur se alegró enormemente cuando emprendimos el camino de vuelta a Auteuil –dice Armand–. Creo que lo que mejor le sienta ahora es estar con Viv, Mimí. Da la sensación de que se anima mucho cada vez que él aparece.

–*Mon dieu*, ese niño no para de dar problemas. Por lo menos ¿le has obligado a hablar en francés?

No hubo ninguna necesidad de obligarle.

–Como era tu deseo, no ha salido de su boca ni una palabra en otro idioma –dice su hermano con bastante seriedad–. Subestimas la devoción filial del pequeño Benoir, querida.

–¿Y con su primo? ¿En qué habla con su primo? –pregunta Marguerite.

Con su primo habla en sánscrito.

–Vamos, Mi, sé un poco más chic. Deja que tenga sus pequeños momentos de asueto, ¿vale? El gatito hace todo lo que puede para contentarte, y con eso debería bastarte. No le pidas imposibles –dice Armand–. Tu esposa es muy guapa, Vince, pero no tiene ni un átomo de paciencia debajo del maquillaje, ¿te has dado cuenta? Mimí, eres exactamente igual que papá. ¡Pero exactamente igual!

–*Et quoi?* ¿Y sigue llorando tanto, Armand?

¿Si llora tanto? Armand tiene que confesar que se está cansando un poco de este interrogatorio, y dice débilmente:

–Creo que no, *chérie*. Se refresca dándose una pequeña ducha cada mañana cuando se despierta y se da cuenta de que su *maman* no está. –Después de eso, todos parecen bastante seguros de que el resto del día será seco–. Desde luego, no ha habido inundaciones reseñables en el Delta, si es eso lo que quieres saber.

La familia se suele referir con «inundaciones en el Delta» a las frecuentes y abundantes lloreras de George.

–Bueno, por lo menos en eso ha mejorado. Gracias a Dios. ¿Y qué tal está comiendo?

–Estoy bastante satisfecho en ese punto. ¡Dios mío, Mimí! Vince debe de estar a punto de morir de aburrimiento... Todavía no está preparado para estos maratones telefónicos, y ahora lo sometes también a uno de tus terribles cuestionarios.

–¡Seguro que le permites que no coma lo que no le gusta! Ya te conozco, Armand. ¡Te conozco muy bien!

A él le encanta que ella lo conozca.

–Pero te aseguro que el gatito siente un gran entusiasmo por la cocina de Joseph. –Joseph es el *maître-chef* de Armand—. Los dos están completamente de acuerdo en todas las cuestiones vitales, como la *tarte aux fraises* y la *glace aux mandarines*. Han formado una entente *extrêmement cordiale*.

–Lo cual significa que prácticamente se alimenta de postres, supongo.

–Supones mal. El pequeño Benoir se come todo lo que le ponen en el plato, justo como tú le ordenaste que hiciera. Desde luego, adora los *entremets* de Joseph, pero adora todavía más a su *maman*. Su devoción por ti, *ma chère*, no deja nada que desear. Mimí –continúa Armand –, ¿podemos cambiar de conversación antes de que Vince se desmaye del *ennui*?

Una última pregunta.

–¿Os ha vuelto a molestar por la noche a Marie y a ti?

–Una vez –contesta lacónicamente Armand.

–¿Por un ataque? –pregunta Marguerite.

Por supuesto, responde Armand.

–No fue muy grave. Viv quiere decirte algo, Mimí.

–¿Qué pasó? –pregunta Marguerite al instante—. ¡Armand!